

El grimorio de los strigoi

En mi sueño, comía y bebía. Estaba recostado en un lecho tibio y mullido, y el aire fresco de la noche acariciaba mi rostro. No muy lejos de allí, los aullidos de los lobos se entremezclaban con el murmullo del viento, conformando una hermosa canción nocturna. La cálida luz de una antorcha iluminaba la superficie del agua calmada y burbujeante que emergía del subsuelo para llenar una piscina natural, la cual derivaba en una pequeña corriente que rebordeaba las elevadas paredes rocosas. La vegetación allí difería de la del bosque, siendo más tierna y perfumada. Era un lugar maravilloso. Sin embargo, resultaba frustrante que, sin importar cuánto comiese, continuara sintiendo tanta hambre. El delicioso aroma de las viandas siguió incitándome hasta que comprendí que necesitaba despertar para comer y abrí los ojos con mucha dificultad para descubrir, atónito, que me encontraba en el mismo jardín de mi sueño. Estaba tan cansado que no podía siquiera elevar la cabeza del cómodo material sobre el que estaba tendido. ¿Piel de oso? Palpé el suave pelaje con las yemas de los dedos al tanto que hacía un esfuerzo por escrutar mi entorno para recobrar la lucidez. Había estado allí antes, al menos eso creía, y no mientras dormía. A escasos metros de mí, un pequeño andamio de metal sostenía varios pescaditos sobre unos carbones encendidos, invitándome a saciar mi apetito. Mi estómago rugió con un ímpetu irresistible y la boca se me hizo agua. Sin pensarlo dos veces, avancé a gatas hasta la comida. No me importaba de quién fuese; realmente era el manjar más exquisito que había probado en mi vida y me encargué de que desapareciese en su totalidad. Tomé con ambas manos un jarro repleto de agua fresca que daba la impresión de haber aparecido allí como por arte de magia, y bebí largo rato hasta aplacar mi sed, sin dar crédito a mi buena ventura. ¿Acaso había llegado a una especie de paraíso? Solo entonces las imágenes evocadas en una lectura de mi pasado retornaron a mí poco a poco y advertí, fascinado, que me hallaba en un cráter oculto en la montaña. Las estrellas brillaban sobre mi cabeza como si se tratase de polvo de oro esparcido en un negro firmamento circular. ¡Era la caverna del diablo, tal y como la había imaginado! Supe al instante que Jimin me había llevado allí y recordé que me había quedado dormido en el bosque poco después de que él se marchara con el lobo. ¡Por Canidia! ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Si mal no recordaba, Jimin se había tardado quince días en llegar allí para reunirse con su padre. Concluí que, para llevarme a la caverna, tenía que haberme obligado a permanecer dormido varios días con una de sus fórmulas de strigoi. ¡Suerte que esta había suspendido el metabolismo natural de mi cuerpo también, o habría muerto de inanición! Me viré, inspeccionando las sombras que se dibujaban en la vegetación: estaba solo y no veía una salida. ¿Por dónde había escapado? Volví a acercarme al lecho sobre el cual había despertado y observé que, efectivamente, consistía en varias mantas y capas de pieles. A la sazón, reparé en una hoja de papel doblada en dos que una piedra de color violáceo sujetaba en su lugar. ¡Era una nota de Jimin! Leí:

Jungkook:

Dejé comida asándose y agua para ti. Si deseas más puedes beber la del estanque pero tendrá un sabor extraño. Sin embargo, puedes bañarte en él y lavar tus ropas con plena tranquilidad. Tendrás tiempo de sobra. Hay una bata bajo la piel de oso, al menos está limpia. Úsala. Hay pescado fresco

en una cubeta con agua salada bajo la antorcha, y también hay frutos del bosque apilados en un montón junto a la cubeta. Lamento no estar allí cuando despiertes. Estoy seguro de que tienes muchas preguntas. Puedes leer mis libros para entretenerte si así lo quieres, se hallan en la porción cubierta del cráter, cerca del lecho. Regresaré mañana. Por favor, no te vayas. Por favor.

Tuyo,
JIMIN.

¡Regresaría! Sostuve su nota contra mi corazón, que amenazaba con salirse de mi pecho, y la besé. Estuve a punto de llorar de emoción al descubrir que quería que me quedase. Tenía mucho que contarle y no podía esperar a verlo de nuevo. También deseaba cerciorarme de que estuviese bien. Jimin me había quitado las botas, las cuales encontré entre la hierba. Al desnudarme para sumergirme en el estanque, advertí que mis ropas se habían untado de aquella sustancia negra que Jimin había vomitado y agradecí que me hubiese ofrecido una bata limpia. Para mi sorpresa, el agua burbujeante estaba casi tibia, por lo cual me di uno de los mejores baños de mi vida: nadé en el agua cristalina con deleite, pensando que aquel era el lugar donde el diablo había marcado a su hijo para abrazarlo por última vez. Según el recuento de Min Yoongi, el diablo se ocultaba de sus crueles hermanos allí, así que era posible que solo él, Yuh-jung y Jimin conociesen su ubicación. Era un lugar mágico. Me aseguré de lavar muy bien mi cabello, frotándolo bajo el agua, y luego lo escurrí con cuidado al salir del estanque. Hacía algo de frío, y tirité junto a los restos de la fogata mientras me ponía la bata. Esta era, al igual que la falda de Jimin, de negra lana burda. Era tan larga que se arrastraba varios centímetros por el suelo de piedra, de modo que volví a ceñirme mi cinturón para ajustarla en las caderas y de tal modo evitar ensuciar el borde. Así, debía parecer un vestido medieval. «El de una bruja medieval», me dije, sonriendo. Comí algunos frutos y, una vez saciado, avivé la fogata añadiéndole algunos troncos secos dispuestos junto al balde que contenía el pescado. Busqué los libros con inmensa curiosidad. No eran muchos, pero podía apostar a que tenía los mejores manuscritos de hechicería del mundo ante mí. Efectivamente, estaban resguardados en una porción agrietada y seca de la pared rocosa que se curvaba poco a poco al ascender, formando al final un techo parcial bajo el cual Jimin había acomodado el lecho y los libros, sin duda para que no se mojasen en caso de que lloviese. El más voluminoso de los tres llevaba la insignia de los Drăculești grabada en la cubierta de cuero. Lo tomé y me metí con él entre las mantas para leerlo a la luz de la antorcha. Al abrirlo, me recorrió una vibración tan fuerte como si una anguila me hubiese rozado, pero pasó pronto y comencé a hojearlo. Por lo peligroso que su contenido arcano resultaría si cayese en las manos equivocadas, no puedo transcribir ningún pasaje. Lo importante es que Jimin confiaba en mí al punto de permitirme estudiar los grimorios que habían estado en su familia por generaciones, los cuales su padre le había legado. Este en particular llevaba como título strigoi, lo cual me indicaba que no era un grimorio concebido para cualquier brujo, sino que estaba destinado a aquellos hechiceros que habían heredado la maldición de Vlad III. Puesto que la caligrafía era tan antigua, me resultó algo difícil descifrar al menos el primer tercio del libro. Parecía que cada generación de strigoi hubiese contribuido a la escritura del manuscrito, pues cada aparte estaba firmado por un Drăculești diferente. Aunque el trazo de los múltiples autores era reiteradamente estilizado y elegante, indicando que todos eran hombres cultivados en las letras además de las ciencias ocultas, el último tercio del libro me resultó algo más fácil de descifrar. Sin embargo, era evidente a lo largo del texto que este era un

compendio donde cada strigoi explicaba los efectos que la maldición había tenido en su caso particular, elucidando tanto sus poderes personales como sus flaquezas, que variaban según el autor. Cada sección contenía también nuevos hechizos y fórmulas que, al parecer, el siguiente strigoi podía implementar. Desde la creación de una tormenta perfecta hasta el dominio de los fuegos fatuos para hallar tesoros ocultos en las montañas, parecía que esta línea de strigoi realmente poseía habilidades mágicas superiores a las de cualquier otro brujo. Aun así, luego de analizar con cuidado los primeros capítulos, me pareció entender que la maldición era consistente para todos en un aspecto determinado: a partir de la adolescencia, sus poderes se exacerbaban de modo que, durante un largo tiempo, no tenían control sobre los mismos, muchas veces ocasionando daños irreparables y sufrimiento a sus seres amados. En el caso de uno de los strigoi que había contraído nupcias poco después de los dieciséis años, este no había podido evitar transformarse en lobo durante su noche de bodas, con tan mala suerte que, habiendo cenado poco durante el banquete, terminó por devorar a su primera esposa cuando consumaba la unión. Esto, relatado por el mismo HyungSik Drăculești, me produjo un terror tan intenso que estuve a punto de cerrar el libro. Mi curiosidad, sin embargo, era superior a mi miedo, y decidí continuar. El primogénito de HyungSik, nacido de su segunda esposa, había matado a su hermanita recién nacida cuando sus poderes apenas empezaban a manifestarse. El llanto constante de la pequeña durante la noche lo irritaba y, en cierta ocasión, en medio de su sueño, exclamó:

—¡Cállate de una vez! —La cuna de la niña estalló en llamas, las cuales consumieron su precioso contenido en un instante. Las desgracias opacaban incuestionablemente el triunfo y poderío, sumiendo en el más profundo dolor a los strigoi cuyos recuentos de puño y letra tuve el honor de leer. A pesar de que, en su mayoría, aprendían a manejar sus destrezas a medida que el tiempo avanzaba, convirtiéndose en maestros de lo oculto, el conjuro de aquella bruja que había maldecido a Vlad III se replicaba en la forma de las pérdidas más crueles a lo largo del tiempo. Así como ella había perdido a su hermano más amado, muchos de los primogénitos strigoi perdían a sus familiares, con la diferencia de que causaban directamente la muerte de uno o más de ellos, o la de sus amigos más estimados, condenándose a vivir en la culpa. Los que se habían librado de tan espantoso destino, como el padre de Jimin, Hoseok, veían a los suyos morir en circunstancias trágicas, o debían separarse de ellos irremediablemente, como Jenő Drăculești, quien para evitar hacer daño a su esposa e hijos, los envió a vivir a un fuerte lejano en el cual su primogénito, sin una guía adecuada, terminó por matarlos a todos, retornando solo para dar las terribles noticias a su padre, quien murió de pena. Aquel tétrico final había sido redactado por el muchacho strigoi que lo había sobrevivido, Jinhwan Drăculești. En el transcurso de la lectura, quedaba claro que todos habían intentado deshacer la maldición de la hechicera por medio de la magia infructuosamente. Algunos se habían propuesto realizar cuantiosas obras de indiscutible heroísmo con la esperanza de anular el mal congénito, pero el resultado era siempre el mismo. Otros habían pretendido paliar los efectos de la maldición creando hechizos que protegían a los suyos de una muerte segura, la cual, sin embargo, debía ser intercambiada por algo similar y, en ocasiones, peor que la muerte misma. Boian Drăculești, por ejemplo, hechizó a su hija menor para que, en el caso de que él mismo o su hijo mayor la pusieran en peligro mortal, ella no falleciese. El resultado fue tal que, una tarde en que ordenaba la ejecución de cierto hombre de la nobleza que lo había traicionado, su hija pasaba casualmente por el corredor y se posicionó tras del hombre cuando Boian sentenció:

—¡Que ruede su cabeza! —Su enemigo, sin embargo, se inclinó para suplicar clemencia justo antes de que Boian terminase de pronunciar la frase, de modo que este dirigió todo su poder e ira hacia su hija, cuya cabeza fue separada del tronco de inmediato como si un hacha invisible hubiese sido blandida contra su nuca, rodando hasta sus pies ante los horrorizados testigos. Pero, por increíble que parezca, ella no murió: el hechizo había funcionado. Boian intentó entonces adherir la cabeza al cuerpo con un conjuro especial, lo cual no dio resultado, por lo que ordenó que el cirujano la suturase de forma superficial. La chica, sin embargo, no moría ni sanaba. Permaneció en un estado de agonía incesante conforme su padre y su hermano mayor hacían lo imposible por revertir el daño. Al final, Boian no soportó más los alaridos de dolor de la muchacha y tuvo que ordenar al verdugo que la matase, ya que él no podía hacerlo. Además de lo anterior, una peculiaridad de la condición hereditaria sobresalía: para morir definitivamente, un strigoi de la línea Drăculești debe morir dos veces. Es decir, una vez un strigoi muere, está condenado a levantarse de la tumba como un ente demoníaco para alimentarse de la vitalidad de quienes lo rodean, siendo la única forma de detenerlo que un alma caritativa atravesase su corazón con un objeto punzante de metal y seccionase su cabeza, lo cual debe realizarse, idealmente, como medida preventiva en cuanto el strigoi fallece para evitar las aciagas consecuencias. Uno de los ancestros de Jimin, Costel Drăculești, explicaba que un strigoi no puede matar a otro strigoi. Al parecer, es simplemente imposible, e intentarlo solo incrementa el daño. Su padre había querido darle muerte antes de que alcanzase la adolescencia para que no transmitiese la maldición a otros pero, en vez de él, sus otros tres hijos habían muerto al instante. No deseando rendirse, había pedido a uno de sus guardias que lo sofocase durante la noche, pero quien había amanecido asfixiada había sido la madre. Un strigoi tampoco podía suicidarse: los resultados eran semejantes a los anteriores, siguiendo él vivo y muriendo sus allegados más queridos (excepto, por supuesto, su hijo strigoi). Sin embargo, afirmaba Costel, cualquier otro mortal puede dar muerte a un strigoi con tal de que otro strigoi no haya ideado el asesinato. Esto quiere decir que hasta su madre y sus hermanos pueden matarlo siempre y cuando el padre no lo ordene, y el strigoi morirá. Cierto, tendría que morir dos veces, pero al fin descansaría en paz. Aun así, los strigoi eran tan dulces y afables durante la niñez que ninguna madre o hermano había querido matar a uno de ellos y, al llegar a la pubertad, se hacían tan poderosos que si sus parientes no strigoi que planeaban hacerles daño no podían lograrlo con facilidad. Según el manuscrito, cada vez que un strigoi descendiente de Vlad III asesina a alguien de forma intencional, sus poderes se reducen considerablemente al tanto que la maldición se afianza. Por ello, los strigoi más cuidadosos habían evitado matar a sus enemigos, recurriendo a ardides más sofisticados y no menos crueles para vengarse. Salvo en contadas excepciones, todos los autores del libro habían luchado por incrementar su poder con el fin de desprenderse de la maldición, realizando innumerables hechizos para romper aquel ciclo de sufrimiento que parecía no tener fin. La esperanza de lograr tal cometido parecía ser la mayor razón de vivir de todos los strigoi y concluí que, por este motivo, Jimin había hechizado el medallón para que me encontrase. Comprendí también que no me había mentado al decir que nunca había tenido la intención de matarme, pues su más ferviente deseo era, al menos hasta donde yo sabía, convertirse en el strigoi más poderoso de todos los tiempos, lo cual, tristemente, no significaba que me amase. Cuando amaneció, a duras penas si había revisado el manuscrito de forma superficial y el sueño amenazaba con vencerme, así que cerré los ojos y me quedé dormido con el libro en el regazo.